

EL LUTO DE LOS HOGARES.

Los defensores del Gobierno repiten cada día en tono de cruel sarcasmo: el país acepta complacido las obras que ejecutan los hombres en cuyas manos están los destinos de la nación; i la prueba es que no se levanta ni una nube de polvo, ni se oye un grito sedicioso, ni se organizan tumultos amenazantes; luego no hai por qué inquietarse ni razón para detenerse en el camino de la arbitrariedad. Se ha dictado una lei que arrebató a los católicos sus cementerios, que ha obligado a la Iglesia a declararlos profanos, que manda emplear los dineros de los fieles en mantener cementerios para los impíos; i sin embargo, la revolución no llega.

Se ha dictado un decreto que manda cerrar los cementerios parroquiales, se hace uso de la fuerza pública para impedir que los cadáveres de los católicos sean sepultados en tierra sagrada; i sin embargo, todos los habitantes de Chile viven hoy tan contentos como ayer.

Así discurren los que no juzgan de las cosas sino por la corteza i por las engañosas apariencias, creyendo que Chile es al presente un pedazo del paraíso, porque, a pesar de las alcaldadas, hai quienes se divierten, negocian i viajan.

Mas, los que penetran en la intimidad de los hogares visitados por la muerte, pueden medir toda la crueldad que envuelven i saborear toda la amargura que producen las medidas que estorban la conducción de los cadáveres a cementerios santificados por la relijion. Es verdad que esas medidas no provocan asonadas tumultuosas; pero para hombres de corazón jeneroso hai algo mas respetable que la sedición i los tumultos populares: mas respetable que eso son las lágrimas de una madre, los lamentos de una esposa, el dolor de los hijos a quienes en las horas mas tristes de la vida se les niega el consuelo de confiar los amados restos de sus deudos a los brazos maternales de la Iglesia.

Si hai en el hombre una voluntad sagrada i que el amor quisiera cumplir a toda costa, es la que se recoge de los labios ya helados por la muerte en esos momentos de suprema angustia en que está próxima a efectuarse la mas cruel separación de la vida. Pues bien, todos los hombres de fe que han desaparecido desde que no hai en Santiago cementerio católico en que enterrarse, han dejado a sus deudos el último sagrado encargo de depositar sus restos en un lugar cobijado bajo el ala cariñosa de la relijion.

Esos hombres han temblado al morir: nó a causa del horror de la muerte, que la relijion dora con los resplandores de la esperanza, ni por el temor de los juicios de Dios,

que el dulce testimonio de la conciencia aleja, sino a causa de la idea desconsoladora de que no será la relijion la que vele su sueño sepulcral i lo arrulle con el eco de sus flébilis plegarias.

Esos compromisos contraídos junto al lecho de muerte son inviolables para los que aman; pero ¿cómo cumplirlos cuando aquí, en la capital de esta católica República, se guardan las puertas del único cementerio sagrado, como se custodian las de un presidio de malhechores, para impedir el acceso de los que mueren en el seno de la relijion? ¿Cómo satisfacer los últimos votos de los católicos moribundos cuando se prohíbe hasta ir a buscar fuera de Santiago un palmo de tierra bendita? ¿Cómo dar a las familias cristianas el justo consuelo de entregar a la tumba los despojos de los seres queridos con los ritos consoladores de la relijion cuando los agentes de policía atisban los cadáveres, como las aves de rapiña su presa, para conducirlos forzosamente a un cementerio de donde se ha proscrito la relijion?

Para tener en Chile este último consuelo de la fe i del amor, es preciso ¡cosa increíble! burlar la vijilancia de los esbirros del Estado i pedir a la noche su silencio i sus sombras. Para sustraer las amadas reliquias de los muertos a las profanaciones que les aguardan en los cementerios de la impiedad, es preciso renovar aquí las escenas desgarradoras de los tiempos de la persecución pagana, en que los cristianos necesitaban disputar a los feroces verdugos los cadáveres de los mártires i espiar el sueño de sus perseguidores, para darles honrosa sepultura en los antros oscuros de las catacumbas.

¡Qué tristes tiempos han llegado para esta patria, hasta ayer tan venturosa! Aquí ya no hai libertad ni para honrar a los muertos de la manera que lo exigen los afectos mas tiernos del alma. Concluyó en Chile el culto del sepulcro i ya no es dable templar la amargura de la separación de la muerte, entregando a la relijion, como preciado tesoro, lo único que nos dejan los que se ausentan para no volver. Donde no está la relijion está el ateísmo; ¿i qué corazón creyente podrá conformarse con ver en su sepulcro, en vez de los emblemas de la fe, el espectro lúgubre del ateísmo i la espantosa imájen de la nada? ¿Quién podrá convenir con que sus restos i los de sus deudos se arrojen a una tumba profana sin una plegaria, sin una última bendición, sin un signo relijioso? ¿Qué es, en efecto, una tumba sin relijion? Es una ceremonia que arranca al sepulcro los consoladores atributos de la esperanza, un acto que no tiene otra significación que la de arrojar a una fosa el cadáver de un hombre para que no inficione el aire con sus eflúvios corruptores, es un eterno adiós dado a orillas del sepulcro entre lágrimas sin alivio i sin consuelos, porque la relijion es la única que posee el secreto de arrojar en el fondo solitario de las mas hondas tristezas gotas de resignación que hacen dulce la pena misma.

¿Dónde, en qué rincón del mundo se ha visto un pueblo que no haya rodeado de ceremonias religiosas la sepultura de sus muertos? ¡Ah! estaba reservado a los liberales chilenos arrebatarse sus consuelos al sepulcro entregando helado i desnudo a la voracidad de los gusanos de la tumba los cadáveres de los católicos, sin considerar que con esto no es solo a la religión a la que dañan, sino a las familias cristianas, que forman la sociedad chilena, cuyas lágrimas saturan en hiel i veneno, en los momentos en que los corazones que saben simpatizar con el dolor se apresuran a endulzarlas.

¡I en qué circunstancias se niega a las familias los consuelos de la religión! Precisamente cuando más los necesitan: en los momentos en que los corazones aflijidos levantan los ojos como por instinto buscando en el cielo lo que la tierra no puede darles. Arrancar el cadáver de un hijo de los brazos de su madre para llevarlo al sepulcro, es una necesidad bien dolorosa; ¿por qué arrebatarse también el consuelo de saber que ese hijo tan amado va a pasar de su regazo al de la religión i de sus brazos a los de la Iglesia?

Más, poco importan a los hombres de gobierno las lágrimas de una madre; poco les importan las penas íntimas del hogar. Para vivir satisfechos de sus obras, les basta saber que no hai espadas que salgan de sus vainas amenazantes ni sediciosos que juren su ruina. Al arrebatarse a las familias cristianas los restos de sus deudos para llevarlos por la fuerza al cementerio profano, exclama como un poeta descreído:

«Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?»

Entre tanto, la religión reclama su puesto de madre en la sepultura de sus hijos. Ella quiere ser la depositaria de los restos que

santificó en vida con sus sacramentos i cuyo último aliento recojió en su corazón maternal, porque, como dice otro poeta; ella

Siempre a la par de nuestro bien camina,
I despues de esta vida transitoria
Sobre nuestro sepulcro se reclina.

RODOLFO VERGARA.